

EN BUSCA DEL PARAÍSO PERDIDO

Verena Stolke
(Universidad Autónoma de Barcelona)

En este artículo Verena Stolke comenta un libro que ha despertado una fuerte polémica en Alemania y en Francia: *Das Patriarchat*, de E. Bornemann. Dado el interés de los temas tratados y la originalidad del enfoque del autor, hemos creído útil realizar aquí una reseña crítica de esta obra de la que no existe traducción española. E. Bornemann, *Das Patriarchat, Ursprung und Zukunft unseres Gesellschafts-systems*, Fischer Verlag, Frankfurt/M., 1975; existe traducción francesa: *Le Patriarcat*, PUF, París 1979.

La polémica sobre los orígenes matriarcales de la sociedad humana persiste, más de un siglo después de que Bachofen opusiera al dogma patriarcal vigente su visión idealista romántica de un pasado lejano matriarcal. En ese pasado remoto, quienes habrían gozado de preeminencia y veneración y habrían imprimido a la sociedad la sensualidad, armonía y el desprendimiento que les son característicos, habrían sido las mujeres/madres.¹

Es común, ante un presente deplorable, procurar en un pasado idílico la vindicación de un futuro mejor posible. Bachofen reaccionaba ante la individualización y deshumanización del capitalismo naciente. Su contemporáneo, L. H. Morgan, compartía la nostalgia matriarcal, pero desde una perspectiva liberal. Morgan tenía plena fe en el progreso de la humanidad y en la capacidad de los hombres de superarse siempre más. Sólo deploraba las excrecencias de la propiedad privada que por el momento impedían que se recuperara la libertad, fraternidad e igualdad también entre los sexos, que caracterizara la pretérita sociedad gentilicia matriarcal. Finalmente, la deuda de Engels, en su crítica materialista de la sociedad patriarcal, para con Morgan, es bien conocida.²

En este siglo la mayor parte de los antropólogos occidentales (no así los soviéticos) criticaron y rechazaron la tesis del matriarcado como producto de puras especulaciones evolucionistas.³ Sin duda se escondían, tras

1. J. J. Bachofen, *Das Mutterrecht, Eine Untersuchung ueber die Gynaiokratie der alten Welt nach ihrer religioesen und rechtlichen Natur*, Stuttgart, 1861.

2. L. H. Morgan, *Ancient Society*, 1877; F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1884. L. Krader recientemente editó los cuadernos etnológicos de Marx en los que se puede encontrar indicaciones sobre lo que éste pensaba sobre la hipotética etapa matriarcal: *Ethnologie und Anthropologie bei Marx: Anthropologie*, Ullstein-Buch, Frankfurt/M., 1976; uno de los análisis más recientes de la polémica sobre el matriarcado desde una perspectiva marxista es C. Fluehr-Lobban, «A Marxist Reappraisal of the Matriarchate», *Current Anthropology*, vol. 20, núm. 2, junio 1979; ver también O. Harris y K. Young (ed.), *Antropología y Feminismo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1979.

3. Así, por ejemplo, A. R. Radcliffe-Brown y D. Forde (ed.), *African Systems of Kinship and Marriage*, Londres, 1950.

estas objeciones científicas, prevenciones inconfesables, tanto ante la contaminación materialista de la tesis matriarcal como por lo que podía significar para la visión funcionalista y consensual de la sociedad que vino a predominar en la antropología en ese momento, y la amenaza que podía significar para la supremacía masculina.⁴

A partir de los años sesenta, las feministas rescatan la cuestión del matriarcado del olvido. Esta nueva búsqueda de los orígenes, más que motivada por una inquietud teórica, responde ahora a una urgente necesidad emocional y política de descubrir las razones de la subordinación secular de las mujeres, para así obtener elementos para pensar y fuerzas para lograr su superación.⁵ Tanto la historia como la antropología habían sido escritas predominantemente por hombres desde una perspectiva masculina. La experiencia femenina había sido, si no totalmente olvidada, al menos deformada. Era ahora una cuestión primordial rescatar esta experiencia para, si no refutar, al menos descubrir las raíces de la tan pregonada universalidad de la supremacía masculina fundada supuestamente en la misma naturaleza humana.

Así, la evocación de tiempos pasados ocupa un lugar destacado en una parte importante de la literatura feminista.⁶ Esto no quiere decir, sin embargo, que exista acuerdo alguno sobre la naturaleza de este pasado. Existe la postura radical de aquellos que sostienen que en todas las sociedades, en todos los tiempos, ha existido algún grado de dominación masculina. Esta tesis de la supremacía masculina universal tiene con frecuencia connotaciones biologistas o esencialistas: la biología es nuestro destino.⁷ Pasan por visiones más igualitarias de un pasado en que, en la comunidad primitiva, las relaciones entre hombres y mujeres eran de complementariedad más que de desigualdad y opresión.⁸ Y van hasta las interpretacio-

4. H. S. Maine, *Ancient Law*, 1861, que defendía la tesis de la horda patriarcal original, sostiene que no puede imaginarse la comunidad primitiva dirigida por mujeres. S. Freud, *Totem y Tabu*, 1912, que compartía la visión de Maine y Darwin sobre el pasado patriarcal, debía tener dificultades semejantes.

5. M. Z. Rosaldo, «The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-cultural Understanding», *Signs, Journal of Women in Culture and Society*, vol. 5, núm. 3, primavera 1980.

6. M. Z. Rosaldo, *op. cit.*

7. Así, S. Firestone, *The Dialectic of Sex*, Londres, 1979, fundamenta la supremacía masculina universal en las relaciones de explotación biológico-culturales entre los sexos.

8. E. Leacock, «Women's Status in Egalitarian Society: Implications for Social Evolution», *Current Anthropology*, vol. 19, núm. 2, junio 1978; C. Fluehr-Lobban, *op. cit.*; J. F. Collier, M. Z. Rosaldo, «Politics and Gender in Simple Societies», artículo inédito de 1981; S. W. Tiffany, «Models and the social anthropology of women; a preliminary assessment», *Man*, vol. 13, núm. 1, marzo 1978.

nes, generalmente marxistas, que con algunas variaciones postulan un orden matriarcal como etapa inicial en la evolución social.⁹

El libro de E. Bornemann, *Das Patriarchat*,¹⁰ a pesar de su título, pertenece a esta última categoría. Para el autor el patriarcado es una formación social histórica. De lo que se trata es de descubrir los orígenes históricos de la supremacía masculina actual. Para refutar los prejuicios de aquellos que pretenden legitimar el sistema de dominación actual fundándolo en la naturaleza, hay que demostrar que en alguna época de la historia las mujeres hemos gozado de una condición al menos igual a la de los hombres.

Bornemann es antropólogo. Fue inicialmente alumno del antropólogo Malinowski, el padre de la antropología funcionalista británica, en los años treinta. Sin embargo, no se entendió con él, precisamente porque éste rechazaba la tesis matriarcal. A continuación su mentor fue V. Gordon Childe, el arqueólogo y prehistoriador australiano. Bornemann trabajó cuarenta años recopilando evidencia histórica para explicar el origen del patriarcado y los motivos que permitieron que fueran destruidos tan completamente aquellos sistemas sociales y sexuales previos en que reinaba la igualdad entre los sexos.¹¹ El resultado es un libro de casi 700 páginas, contradictorio y polémico tanto en su concepción como en su ejecución.

Lo que inspiró a Bornemann durante todos estos años de trabajo arduo y paciente parece haber sido un impulso auténticamente misionario. Sólo la prueba irrefutable de que en los albores de la cultura las mujeres jugaban un papel al menos igual al de los hombres permitiría al movimiento feminista la superación de la opresión patriarcal.¹² Ahora bien, una se pregunta en seguida: ¿por qué no podríamos nosotras mismas realizar esta tarea revolucionaria de desmitificación? Bornemann tiene una respuesta. Como víctimas seculares del imperialismo masculino, nosotras, las mujeres, hemos olvidado y así desconocemos y, por lo tanto, somos incapaces de concebir las formas sociales alternativas necesarias para superar nuestra propia opresión.¹³ Para llenar este supuesto vacío teórico-político

9. E. Reed, *Women's Evolution, From matriarchal clan to patriarchal family*, Nueva York, 1975, por ejemplo, que sigue casi al pie de la letra las tesis de Bachofen, Morgan y Engels, aunque introduciendo una nueva etapa, la «fratriarquía», la comunidad igualitaria de hermanos/as como unidad social básica.

10. E. Bornemann, *Das Patriarchat, Ursprung und Zukunft unseres Gesellschafts systems*, Frankfurt/M., 1975; estaré utilizando la edición de Fischer Taschenbuch Verlag, 1979; existe también una traducción en francés: *Le Patriarcat*, PUF, París, 1979.

11. *Op. cit.*, p. 19.

12. *Op. cit.*, p. 12.

13. *Op. cit.*, p. 20.

el autor se ha decidido a ofrecer «al movimiento feminista con *Das Patriarchat* aquello que *Das Kapital* dio al movimiento obrero: una perspectiva histórica, una orientación científica, una arma para la lucha diaria».¹⁴

El paternalismo, elitismo y la pretenciosidad de esta motivación es al menos desconcertante. Sentía ganas de dejar o más bien tirar el libro, no porque por principio negaría a un hombre la capacidad de compenetrarse de la condición de las mujeres. Pero el que Bornemann nos negara a nosotras el poder conocer nuestra propia situación, me hizo desconfiar desde un inicio de que él tuviera esta capacidad. *Das Patriarchat* había llegado, sin embargo, precedido de los ecos de la violenta polémica que había suscitado en Alemania, donde incluso había aparecido una versión pirata que con sutil ironía llevaba el imprimatur del Comité Central del PC de la URSS, Instituto para Feminismo, y supuestamente había sido patrocinada por la señora presidenta Leonida Breschnewa. Decidí suspender temporalmente mis susceptibilidades e intentar descubrir las razones de tanta agitación y ver hasta qué punto Bornemann lograría cumplir con su ambicioso cometido aportando realmente algo nuevo a la polémica sobre el matriarcado.

La confusión conceptual

Las/los defensoras del matriarcado sostienen generalmente que la forma original de organización social era el clan matriarcal, fundado en la mayor visibilidad de la mujer en la reproducción en tiempos pasados y en que ella gozaba de respeto y preeminencia. Pero más allá de esta idea general, el «matriarcado» ha significado, sin embargo, cosas bastante diferentes para diferentes autores. Parte de la polémica sobre el matriarcado se debe a estas diferencias y/o imprecisiones conceptuales. Bachofen y Engels entendieron por *Mutterrecht* (derecho materno) una organización social en que la descendencia es trazada por línea femenina, la madre es la cabeza de la unidad doméstica y los hijos pertenecen al clan maternal. Para ellos era éste el «matriarcado». El concepto antropológico de «matrilinealidad», en cambio, incluye la descendencia a través de las mujeres, pero excluye la idea del gobierno de las mujeres en la familia y en el grupo de descendencia femenino. Es decir, la distinción entre «matriarcado» y «matrilinealidad» es crítica. El «matriarcado» se refiere a una etapa histórica hipotética previa al patriarcado en que gobernaban las madres o todas las mujeres adultas, mientras que «matrilinealidad» es

14. *Op. cit.*, p. 19.

meramente una regla de descendencia por la línea femenina, encontrada en sociedades preindustriales contemporáneas, que no implica, sin embargo, predominancia femenina.¹⁵

Bornemann no emplea ninguno de estos conceptos, sino que crea dos neologismos: *matristisch* (matristico) y *patristisch* (patristico). El *Matrismus* (matrismo) es más que la «matilinealidad» y menos que el «matriarcado». Mientras que para muchos autores la etapa «matriarcal» es el inverso simétrico del «patriarcado» actual, para Bornemann en los orígenes no existía la dominación: «Todas aquellas culturas descritas por Lewis H. Morgan... en sus obras se caracterizan precisamente por el hecho de que las madres *no* utilizan su poder en el ámbito de la gens y de la tribu para dominar a sus esposos, padres e hijos. Es ésta la característica que lo distingue del patriarcado que es un auténtico sistema de dominación.»¹⁶ La sociedad matristica era gentilicia y en ella reinaba igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Cada individuo pertenecía a la gens de su madre, de la que derivaba su nombre. Las decisiones eran colectivas, no existía propiedad privada y el apareamiento era exogámico.¹⁷

Ahora bien, ¿dónde y en qué condiciones existió este paraíso terrenal, qué produjo su lamentable defunción y cuáles son los indicios que tenemos para vislumbrar que ha existido alguna vez?

La prehistoria matristica según Bornemann

La prehistoria desde siempre se ha encontrado con al menos dos dificultades. Los hallazgos arqueológicos de épocas lejanas que le sirven de evidencia consisten generalmente de artefactos materiales e indicios relativos al medio ambiente, su población vegetal, animal y humana, en que fueron hallados. Cuanto más remota es la época, tanto más dificultoso y problemático ha sido el deducir significados sociopolíticos y culturales de estos artefactos. Además, una de las tareas principales de la historia consiste, más que en catalogar formas históricas distintas y clasificarlas, en explicar el cambio, es decir, en descubrir los procesos que producen las transiciones de un sistema de producción, de una formación social, de una cultura a otra. Estas transiciones, rupturas, cambios, son siempre procesos en que se da una articulación extremadamente compleja entre factores materiales y motivaciones humanas. Otra vez, cuanto más distante el pasado que se

15. C. Fluehr-Lobban, *op. cit.*, p. 341.

16. E. Bornemann, *op. cit.*, p. 13.

17. *Op. cit.*, p. 78.

pretende reconstruir, tanto más difícil es comprender esta interacción por la naturaleza de los datos arqueológicos disponibles.

Bornemann tiene conciencia de estas dificultades. Efectivamente, en la introducción hace algunas cualificaciones a sus pretensiones iniciales: más que la historia definitiva de las relaciones entre los sexos hasta la victoria del patriarcado, reconoce que no puede ofrecer más que un «modelo heurístico»¹⁸ de la evolución de éstas en las sociedades prehistóricas, circunscrito además a la región del Egeo y el Oriente Próximo, la cuna de la civilización. Ahora bien, es bastante difícil de ver cómo una mera «hipótesis de trabajo» puede servir de modelo para la acción política, que es lo que Bornemann pretende ofrecernos.

Para Bornemann la «historia» de las relaciones entre hombres y mujeres en la prehistoria comienza en el paleolítico inferior en el Viejo Mundo. Pequeñas hordas de recolectores recorrían entonces amplios territorios en busca de raíces, tubérculos, setas, frutos, nueces, etc. Desconocían aún los instrumentos de caza y de pesca y «como por esta razón no existía una división sexual del trabajo, tampoco existía una predominancia de un sexo sobre el otro».¹⁹ Además, cuanto más se retrocede en el tiempo, el hombre y la mujer no sólo se asemejan cada vez más en las tareas, sino también en sus rasgos físicos, como por ejemplo el tamaño físico.²⁰ Sin embargo, es probable que quien dirigiera la horda fueran las mujeres en analogía a las tropas de animales salvajes que solían estar encabezadas por hembras. El apareamiento era probablemente determinado por los deseos sexuales de las mujeres, que en ciertas épocas del año se habrían juntado con tantos hombres como podían encontrar. Sin embargo, a medida que aparecen herramientas más especializadas surge la primera división sexual del trabajo. Mientras que las mujeres continuaban recolectando frutos y animales pequeños, los hombres se dedicaban cada vez más a la caza. Esta especialización fue un proceso gradual. La caza de animales de gran porte era una actividad necesariamente colectiva en que debían participar todos los miembros del grupo incluyendo a las mujeres, lo que inicialmente atenuaba la división sexual del trabajo.²¹ Evidencia del Paleolítico medio parece indicar que las hordas eran constituidas de unas treinta madres acompañadas de sus hombres, hijos y parientes. Como el apareamiento no era exclusivo, consecuentemente «la gens nunca podía conocer la paternidad de los hijos y probablemente también se desconocía el nexa

18. *Op. cit.*, p. 15.

19. *Op. cit.*, p. 39.

20. *Op. cit.*, p. 39.

21. *Op. cit.*, p. 43.

causal entre apareamiento y procreación, es probable que la gens se regía por el único sistema posible y determinaba la descendencia en línea materna.²² Aunque se desconoce el origen de la prohibición de incesto, es probable que las primeras formas de exogamia respondieran a imperativos demográficos.²³ Pero la condición sociopolítica relativa entre hombres y mujeres no era determinada por la mayor visibilidad de la mujer en la reproducción. Los sistemas de apareamiento son meramente la superestructura sexual de las relaciones de producción. La caza era una fuente insegura y precaria de alimentos. Sin los vegetales contribuidos por las mujeres la horda hubiera perecido: «Ahora bien, *se da el caso que en todas las culturas humanas quien goza de preeminencia social y tiene también el derecho de escoger al compañero sexual es aquel que aporta la parte mayoritaria de la subsistencia.*»²⁴ Sin embargo, como aún no existía la propiedad privada, esta predominancia sexual no significaba una explotación del otro sexo, sino simplemente el derecho de elección del compañero y el derecho de decidir la residencia por parte de la mujer. Las mujeres gozaban de gran respeto gracias a su contribución mayoritaria a la subsistencias. Ellas eran las que vigilaban el fuego, que cada noche erigían el abrigo o choza que les pertenecía a ellas. Si el hombre no cumplía sus obligaciones ellas podían impedirles el acceso al abrigo.²⁵

El espíritu de la sociedad matrística originaria era todo lo contrario del de la sociedad competitiva actual. Los individuos carecían de ambiciones personales. De hecho no existía la noción de individuo.²⁶ La máxima obligación era el ayudar al prójimo «como la madre protege al hijo».²⁷ El principio supremo era «de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades».²⁸

Los primeros síntomas del desmoronamiento de este idilio pristino

22. *Op. cit.*, p. 41.

23. *Op. cit.*, p. 27: «En algún momento cada una de las hordas originales que surgieron en diferentes momentos en las distintas regiones de la tierra deben haberse escindido porque ninguna horda salvaje, ni animal ni humana, puede alimentarse si excede un cierto tamaño. Entre las hordas escindidas las relaciones sexuales deben haberse organizado de tal forma que se prefirió buscar el compañero en otra horda. Las ventajas son obvias: el incesto amenaza a la horda porque crece demasiado para poder alimentarse. La prohibición de incesto, en cambio, dificulta el apareamiento y mantiene así el tamaño reducido.» Para una explicación semejante, F. B. Livingstone, «Genetics, Ecology and the Origins of Incest and Exogamy», *Current Anthropology*, vol. 10, núm. 1, febrero 1969.

24. E. Bornemann, *op. cit.*, p. 44.

25. *Op. cit.*, p. 45.

26. *Op. cit.*, p. 49.

27. *Op. cit.*, p. 46.

28. *Op. cit.*, p. 46.

aparecen en el Paleolítico superior. La técnica de caza avanza —no queda claro por qué razones—; aparecen nuevos instrumentos de caza más eficaces que mejoran el aprovisionamiento. Este avance es obra de los hombres. La contribución a la subsistencia de las mujeres cae de dos tercios a un tercio —Bornemann no explica cómo calcula las aportaciones respectivas— y, consecuentemente, se desvaloriza sensiblemente su actividad.²⁹ Con alimentación más abundante crece la población; las gens nómadas se reúnen en grupos mayores, las tribus, que, sin embargo, continúan rigiéndose por el sistema matrilineal. Al permitir los nuevos instrumentos la caza individual, surge la primera contradicción entre la tradición colectiva de consumo y el nuevo «modo de producción» individual:³⁰ «La idea de la propiedad privada se desarrolla, por lo tanto, en relación directa con la eficacia de los medios de producción y en medida exacta con el desempeño del individuo.»³¹

Otro avance importante en el Paleolítico superior lo constituye la construcción de habitaciones, probablemente por las mujeres, que inicialmente servían a la gens matrilineal entera que aún compartía todos los trabajos domésticos. Indicios importantes de que persiste la preeminencia y veneración de las mujeres en esta etapa son las figuras de Venus, de diosas de la fertilidad y de diosas de la caza que se han hallado en los asentamientos temporarios de esta época en el archipiélago del Egeo.³²

Las fluctuaciones climáticas de la última era glacial y su fin, aunque producen transformaciones dramáticas en el medio, que significan la desaparición de culturas enteras, no implican un salto cultural, sino que más bien refuerzan inicialmente tendencias anteriores. Se acentúa la individualización de los instrumentos de trabajo. A partir del Mesolítico se encuentran frecuentemente las armas de caza y herramientas preferidas en la tumba de los hombres. El próximo paso en la evolución hacia la propiedad privada y el derecho de herencia es la *exigencia* —otra vez no se sabe por qué— de los parientes maternos de recibir estos instrumentos después de la muerte de un hombre en lugar de enterrarlos con él. Así, aunque perdura la gens matrilineal, esta forma incipiente de herencia contiene ya los gérmenes de la destrucción de la sociedad gentilicia: «... pues si era posible transmitir la propiedad después de la muerte del propietario, podía preverse que los padres más tarde o temprano exigirían que sus propios hijos fueran los herederos».³³ Bornemann otra vez no explica por qué con

29. *Op. cit.*, pp. 47-48.

30. *Op. cit.*, p. 49.

31. *Op. cit.*, p. 55.

32. *Op. cit.*, p. 53.

33. *Op. cit.*, pp. 56 y 79.

la cristalización de la propiedad privada los hombres fueron afectados súbitamente de una especie de instinto paterno. Pero volveré sobre este punto.

Por el momento, es decir, hacia fines del Mesolítico, la marcha imparable hacia la propiedad privada y el patriarcado es detenida temporariamente por las propias mujeres. Son las mujeres las que logran el salto cualitativo de la mera apropiación de los frutos de la naturaleza a la producción con el descubrimiento de la agricultura.³⁴ El cultivo de la tierra nace orgánicamente de la recolecta, que ha sido la tarea de las mujeres. El primer instrumento agrícola, el palo de cavar, lo inventan las mujeres: «La consideración de las mujeres creció en proporción directa a su contribución, y este aprecio aumentó aún más cuando ellas lograron el próximo avance: la invención de la azada y de la agricultura de azada.»³⁵ Entre las diversas consecuencias de este auténtico salto en la historia de la humanidad está también la transición de la rotación entre campos a la rotación de cultivos y la sedentarización.³⁶ Persiste el orden gentilicio y matrilineal y continúa ausente la noción de propiedad de la tierra, que es de posesión colectiva, asignada anualmente a grupos más pequeños (madres con sus dependientes).³⁷ El aumento de productividad produce otro crecimiento de los grupos, inicialmente reunidos en fratrías que a su vez constituyen tribus. Los principios por los que se rigen estas tribus continúan siendo la consanguinidad definida por descendencia matrilineal, la posesión colectiva de la tierra y la igualdad entre los sexos.³⁸

Mientras que durante el Neolítico inferior y medio pueden detectarse considerables semejanzas en la evolución cultural en Asia Menor y Europa oriental, con el Neolítico superior se inicia una diferenciación significativa.³⁹ Entre 3000/2600 y 1800 a. C., casi todas las regiones del Egeo fueron invadidas por pueblos indogermánicos (griegos) originarios aparentemente de Asia central. Las culturas más importantes que estos pueblos encuen-

34. *Op. cit.*, p. 57.

35. *Op. cit.*, pp. 58, 60 y 72.

36. *Op. cit.*, p. 61: Bornemann admite aquí la falta de evidencia: «No podemos demostrar la historia de la agricultura y la participación de la mujer en ella, a partir de hallazgos arqueológicos, pero podemos reconstruir claramente las diferentes etapas que eventualmente llevaron a la agricultura ordenando los hallazgos locales en una secuencia cronológica.» Para estas especulaciones Bornemann se basa extensamente en el antropólogo soviético M. O. Koswen, *Abriss der Geschichte und Kultur der Urgesellschaft*, Moscú 1953.

37. *Op. cit.*, p. 67.

38. *Op. cit.*, p. 73.

39. *Op. cit.*, p. 83: en Egipto y la Mesopotamia aparece el modo de producción asiático.

tran a su llegada revelaban, a pesar de sus sistemas de producción y etapas de evolución distintas, todas ellas inconfundibles rasgos matrísticos: «La religión y la mitología de todas estas culturas, en el momento de la migración de las tribus griegas, se caracterizaban aún por el culto a una Diosa Madre.»⁴⁰

Estos invasores eran al parecer pueblos pastores nómadas provenientes de las estepas de Asia central. Su migración es posible gracias a la relativa abundancia de las culturas agrícolas locales. Son culturas patrísticas, organización propiciada por el medio árido de que proceden, abundante en animales pero pobre en vegetación. De cazadores se transformaron en pastores nómadas. La preponderancia económica de los pastores hombres explica su preeminencia social: «La estructura gentilicia patrística, que surgió muy pronto del predominio del hombre en la producción de subsistencia, le sugirió la idea al padre de proveer para sus hijos, miembros de su propia gens, también después de su muerte.»⁴¹ Esta idea junto con la peculiaridad del ganado de autorreproducirse y ser divisible hace posible la acción de la propiedad individual y de la herencia.

Pero no fue sólo la invasión de los griegos y otros pueblos indogermanos que produjo la derrota de la sociedad gentilicia matrística agrícola predominante hasta ese momento en el Egeo. Por el contrario, esta invasión fue seguida primero por unos 500 años de regresión económica y cultural aterradora de las florecientes culturas locales. Esto se debió a la dificultad con que se encontraron los invasores de transformar las gens libres en trabajadores forzados, la incapacidad de los pastores nómadas griegos de adaptarse a la agricultura y la contradicción entre la preeminencia de los hombres entre los pastores en contraste con la de las mujeres entre los agricultores autóctonos.⁴²

El hecho que finalmente propició la toma del poder por los hombres y la destrucción del sistema gentilicio matrístico y eventualmente permitió la recuperación económica y cultural gradual del Egeo, fue el invento del arado por los hombres. Este invento significó el fin definitivo de la preponderancia de las mujeres en la producción de la subsistencia.⁴³ Bornemann sugiere, aunque otra vez la secuencia es poco clara, que fueron hombres criadores de ganado del Próximo Oriente, donde ya se practicaba

40. *Op. cit.*, p. 98.

41. *Op. cit.*, p. 104.

42. *Op. cit.*, pp. 128, 130: mientras que las secuencias recolecta, cultivo de la tierra y caza, domesticación de animales, pastoralismo, serían transiciones orgánicas y viables, para Bornemann el pasar del pastoralismo nómada a la agricultura sedentaria era imposible.

43. *Op. cit.*, pp. 115 y 130.

la agricultura de azada, y no los cazadores nómadas de las estepas, los que inventaron el arado, ya que éstos ya disponían de los animales de tracción necesarios. El estiércol de los animales muy pronto debía producir otro aumento sensible en la productividad, esta vez del trabajo de los hombres. La difusión del arado parece haber sido sumamente lenta. Sin embargo, su mayor productividad frente a la azada —no queda claro en qué términos— le permitió una cierta autonomía al agricultor con respecto a la gens que eventualmente desembocó en una separación creciente del individuo respecto de la colectividad, de la granja respecto de la aldea y del grupo gentilicio doméstico respecto de la gens total. Las consecuencias de esta evolución para la situación de la mujer fueron a la vez dramáticas y definitivas: «Mientras que antaño, cuando convivían muchas mujeres con muchos hombres en las grandes casas gentilicias, era sólo posible determinar la maternidad, pero nunca la paternidad, en este momento en que conviven unidades gentilicias más pequeñas, incluso muchas veces de un solo hombre y una sola mujer (y naturalmente sus padres e hijos), el establecer la paternidad se tornó mucho más fácil. De esta posibilidad nació orgánicamente la descendencia por la línea paterna. Así surgió la gens patrilineal, patrilocal en el Egeo, que después de la llegada de los griegos fue sustituyendo a la sociedad tribal matrilineal y matrilocal.»⁴⁴ Sólo resta que surja la propiedad privada, y con ella la herencia y la sustitución de la gens patrilineal por la familia patriarcal, con lo que concluye el proceso de la toma del poder por los hombres. La transición de la gens patrilineal a la familia patriarcal es compleja, pero se resume básicamente en lo siguiente: «Sólo cuando el derecho paterno había integrado a los hijos plenamente en la gens del padre, fue posible el paso a la familia propiamente dicha, pues sólo por ella se separaba suficientemente a la madre de sus hijos y al hijo de la madre. Lo que comenzó con el objeto de producir hijos de paternidad indiscutible, se convirtió ahora en la fuente de una actitud autoritaria. Pues sólo la agricultura de arado y la ganadería podían producir los excedentes en que descansaban, por un lado, la dominación del hombre sobre la mujer y los hijos y, por otra, la dominación de una clase por otra. Si la sociedad no quería desintegrarse por el antagonismo de clase, debía crear una autoridad que por una parte estuviese por encima de las clases, pero por otra también ejecutase la voluntad de la clase dominante: esto fue el Estado y la institución que debía despertar el respeto ante el Estado y la obediencia ante sus órganos, era la familia.»⁴⁵

La victoria del patriarcado está consumada. Siguen a esta reconstruc-

44. *Op. cit.*, p. 117.

45. *Op. cit.*, p. 122.

ción de la prehistoria matrística sendas descripciones extensas de las «bases sociales» y de la «superestructura sexual» del patriarcado en la Grecia helénica y en el Imperio Romano. Finalmente, Bornemann nos ofrece algunos consejos para el futuro.

La razón tecnológica

Me he limitado a reproducir los pasos principales de la reconstrucción prehistórica de Bornemann. Aunque las descripciones de la condición de las mujeres en Grecia y en Roma constituyen la parte más extensa de la obra, su interés reside sobre todo en esta reconstrucción. Pues la eficacia teórica y política depende precisamente de la medida en que Bornemann ha logrado descubrir las leyes de movimiento de la prehistoria y así demostrar que «lo que no es eterno, tampoco ha de perdurar eternamente».⁴⁶ La primera sensación que tuve, sin embargo, al concluir la lectura, fue todo lo contrario de lo que Bornemann pretendía. En lugar de nueva esperanza en la superación posible del patriarcado, lo que quedó fue más bien desaliento. Parece como si la historia se hubiese confabulado con los hombres en su incesante busca del poder, como si la victoria del patriarcado hubiese sido inevitable. ¿A qué se debe esta sensación?

La reconstrucción histórica de Bornemann está inspirada por un marcado voluntarismo productivista. El aspecto progresivo son las fuerzas productivas en su sentido más tecnológico. De la evidencia arqueológica, Bornemann deduce una secuencia de técnicas de obtención de la subsistencia, sin explicar en la mayor parte de los casos los factores que hicieron que se adoptara una técnica o se sustituyera una por otra. Aunque las condiciones ecológicas establecen ciertos límites a las respuestas sociales posibles, no las determinan de forma estricta. En el Mesolítico los cambios climáticos afectan de forma importante el modo de vida de los pueblos de la época. Pero Bornemann sugiere cambios tecnológicos anteriores, cuya razón no da. De hecho, a partir del Neolítico parece ser como si, casi como un reloj, avance técnico, aumento de productividad y crecimiento de la población se interdeterminen sin cesar, propulsando hacia adelante a la humanidad. Para explicar la historia, sin embargo, es necesario más que apuntar las posibilidades existentes en un momento histórico para el cambio. Es fundamental dar las razones de por qué ciertas sociedades en ciertos momentos utilizan estas posibilidades. Si en un momento era una cuestión de supervivencia inventar nuevas técnicas de subsistencia, ni la

46. *Op. cit.*, p. 512.

aparición de la caza, ni el invento de la agricultura de azada, o del arado, por ejemplo, parecen responder exclusivamente a imperativos de supervivencia. Más bien, Bornemann, como tanto evolucionista decimonónico, da por sentado una especie de afán de superación natural, propio tanto de mujeres como de hombres, que hace que la humanidad haya utilizado siempre todas las posibilidades de avance que hayan estado a su alcance. No niego que tal afán pueda existir, sino que pienso que éste también es un fenómeno histórico y como tal requiere ser explicado.⁴⁷ Esta sensación de inevitabilidad de la victoria patriarcal se debe precisamente a este voluntarismo.

Si para Bornemann la razón general de la historia es esencialmente tecnológica, esta deformación productivista es aún más patente y a la vez problemática en su interpretación de las relaciones entre hombres y mujeres a través de la historia. Así, para Bornemann, por ejemplo, mientras las hordas prístinas vivían exclusivamente de la recolecta de los frutos de la naturaleza y aún desconocían la caza «no existía división sexual del trabajo».⁴⁸ Es increíble que —conociendo además la obra de Meillassoux que aparece en la bibliografía extensísima— a mediados de los años setenta alguien pueda ignorar todavía la esfera de la reproducción y los trabajos que ella comporta, como dimensión central que requiere ser incluida en cualquier análisis de las relaciones entre los sexos. No estoy sugiriendo que las tareas de la reproducción en ese momento de la historia fuesen responsabilidad exclusiva de las mujeres. Lo que es relevante es que para Bornemann, como para tantos otros marxistas, esta dimensión sea invisible.⁴⁹

47. M. Sahlins, *Stone Age Economics*, Chicago, 1972, denuncia el etnocentrismo de aquellos que, como Bornemann, han interpretado la historia como un constante proceso de perfeccionamiento tecnológico y superación, partiendo de la idea de que tecnología simple significa baja productividad, sin que quede claro siempre, como tampoco en Bornemann, de qué productividad se está hablando. Así, Sahlins sugiere que, en términos energéticos, sistemas agrícolas simples no son más eficientes que la caza y recolecta, es decir, en términos de la cantidad de energía obtenida por unidad de trabajo humano, p. 6.

48. E. Bornemann, *op. cit.*, p. 39.

49. *Op. cit.*, p. 689: «Si considero la sociedad como categoría histórica, que es lo que debo hacer, puede deducirse del hecho de que la humanidad como especie desaparecería si no copula, la conclusión errónea... de que la reproducción es más importante que la producción. Esto es un error porque también la mujer reproductora y el hombre reproductor son seres económicos, que sólo pueden producir hijos si viven. Y sólo pueden vivir si tienen suficientes alimentos y suficiente ropa y suficiente abrigo contra la intemperie.» El que la reproducción sea una categoría determinada en última instancia por la producción no significa, sin embargo, que

Para Bornemann el *status* relativo de hombres y mujeres en los distintos momentos de la historia es determinado por la magnitud de sus respectivas contribuciones a la subsistencia, es decir, su participación relativa en el llamado «trabajo productivo».⁵⁰ Utilizando al parecer datos sobre recolectores y cazadores contemporáneos para interpretar los hallazgos arqueológicos, procedimiento en sí discutible, Bornemann estima que entre los recolectores y cazadores prehistóricos las mujeres aportaban dos tercios de la alimentación, a lo que se deberían la preeminencia y el respeto de que gozaban en el grupo.

Desde siempre el querer penetrar en las tinieblas de nuestro pasado remoto ha planteado al menos dos problemas. Una de estas dificultades es la de la interpretación de culturas distintas. Continuamos, de hecho, sin resolver el que culturas distintas puedan estar estructuradas por principios y prioridades muy diferentes de los que organizan la economía y la política en nuestra propia sociedad. El diagnóstico que Bornemann ofrece de la relación entre hombres y mujeres en las hordas de recolectores y cazadores no es sólo problemático por la parquedad de datos para descubrir la división sexual del trabajo y medir las aportaciones respectivas, sino además por la gran dificultad de deducir el significado social y político que ella pueda tener. Como R. Lee, en un excelente estudio reciente de los bosquimanos del Kalahari, uno de los pocos grupos de cazadores y recolectores sobrevivientes, ha mostrado que hay al menos tres formas de calcular la aportación de hombres y mujeres a la subsistencia del grupo: o calculando su peso y contenido calórico, o estimando el tiempo utilizado para su obtención, o, finalmente, utilizando la valoración indígena de estas aportaciones. Además, estas escalas no han de ser necesariamente excluyentes ni estimaciones cuantitativas de esta índole revelan que haya una relación simple entre aportación económica y condición socioeconómica de hombres y mujeres.⁵¹

Aparte de que Bornemann se olvida de analizar la reproducción, ni siquiera se plantea el problema de interpretación de una realidad material, ya de por sí difícil de definir con la evidencia disponible. El paraíso perdido que retrata es todo aquello que nuestro presente no es. Paradójica-

se le pueda dejar de lado, como hace Bornemann. Al contrario, habría que descubrir su vinculación con la producción.

50. *Op. cit.*, p. 47: cita una serie de sociedades de cazadores y recolectores pero no da referencias.

51. R. Lee, *The Kung San, Men Women, and Work in a Foraging Society!*, Cambridge, 1979. Entre los Kung San, los hombres trabajan 1/3 más de tiempo que las mujeres en obtener la subsistencia, pero las mujeres contribuyen con 2/3 de los alimentos en calorías.

mente, sin embargo, para comprender la naturaleza de este pasado, Bornemann utiliza precisamente nuestra propia escala de valores. En las sociedades de cazadores y recolectores de antaño las mujeres y los hombres habrían sido generosos, desprendidos, amables. El principio rector habría sido la vieja norma comunista «de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades». Pero cuando se trata de fundamentar la preeminencia y el respeto de que habrían gozado las mujeres, deduce éstos de su desempeño económico. Según Bornemann, es una regla universal el que cada uno es según lo que produce. De este modo, tras la apariencia igualitaria y pacífica de estas sociedades lejanas aparece otra vez el aspecto meritocrático, que Bornemann tanto critica en la sociedad de clases patriarcal. Pero, además, Bornemann ni siquiera está proyectando la realidad burguesa, sino su ideología, pues no es precisamente en las sociedades en que las mujeres más contribuyen a la subsistencia —sin hablar de la producción— donde gozan de mayores privilegios.

En el análisis de Bornemann no he podido descubrir ninguna relación orgánica entre la determinación económica de las relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades prehistóricas y el supuesto carácter matrilineal de ellas. En los albores de la humanidad el que los hijos pertenecieran y siguieran a la madre, se hubieran debido a lo que Malinowski ya había llamado la *ignorantia paternitatis*, una dolencia típica de los primitivos. Ya que los aparejamientos no eran exclusivos y los primitivos probablemente ignoraban la conexión entre cópula y fecundación, debían desconocer la paternidad. Como ya decía Bachofen, la maternidad es un hecho natural, mientras que la paternidad siempre exige mecanismos sociales para hacerla visible. La explicación de Bornemann es igualmente naturalista. Sólo cuando aparece la propiedad privada y su herencia individual, la paternidad adquiriría un significado y aparecerían mecanismos sociales —el matrimonio monógamo— para garantizarla. Sin embargo, lo que motiva la transición a la patrilinealidad y a la monogamia son en última instancia factores psicobiológicos.

Hay varios problemas con esta interpretación. En primer lugar, ¿en que evidencia se fundamenta Bornemann para concluir que las primeras formaciones sociales eran matrilineales? Básicamente se trata de la mitología griega, romana y del Próximo Oriente y lo que ella parece revelar sobre cultos y sistemas de creencias, así como figuras de diosas de la época. Es especialmente sorprendente que Bornemann repita estas interpretaciones simplistas de la evidencia arqueológica cuando ya en los años cincuenta su mentor, el arqueólogo Gordon Childe, había advertido de lo difícil que es deducir reglas de descendencia (la matrilinealidad o patrilinealidad) de tales fuentes. Además, si la prueba para el matriarcado son

las figuras de diosas, ¿cómo interpretar entonces, por ejemplo, las vírgenes, en sociedades innegablemente patriarcales?⁵²

Pero por varios motivos las sociedades de cazadores y recolectores contemporáneos tampoco sirven como prueba fidedigna para establecer los principios sociales de ese pasado lejano. Predomina entre estas sociedades actuales el sistema de descendencia bilateral más que matrilineal o patrilineal. Es entre los pueblos horticultores donde se tiende a encontrar con más frecuencia un sistema matrilineal.⁵³ Asimismo, el que las bandas de cazadores y recolectores actuales rara vez sean matrilineales tampoco necesariamente refuta la tesis matrilineal, pues es igualmente arriesgado ver en éstas ejemplos representativos de nuestros antecesores del Paleolítico.

En segundo lugar, la explicación que Bornemann nos ofrece de la etapa matrilineal y de su supuesta derrota a manos del patriarcado adolece además de los mismos ridículos prejuicios biologists de sus antecesores decimonónicos. Pero los antropólogos ya han mostrado hace algún tiempo que «los lazos de parentesco humanos no constituyen un conjunto *natural* de “relaciones de sangre”, sino *categorías culturales* significativas y variables».⁵⁴ Es decir, el que la maternidad y/o la paternidad sirvan como principios organizativos importantes no se fundamenta en hechos biológicos sino sociológicos que utilizan la realidad biológica. La prevalencia del principio matrilineal en las sociedades tribales contemporáneas en ningún caso se explica ni por el apareamiento múltiple ni por el desconocimiento del genitor.⁵⁵

Según Bornemann, el que la descendencia patrilineal eventualmente venga a sustituir el principio matrilineal se debería a que, siempre que los hombres llegan a adquirir propiedades personales, parece despertar en

52. V. G. Childe, *Social Evolution*, Londres, 1951, pp. 64-65, citado por C. Fluehr-Lobban, *op. cit.*

53. C. Fluehr-Lobban, *op. cit.*, p. 347; M. Douglas, «Is Matriliney Doomed in Africa?», M. Douglas & P. Kaberry (eds.), *Man in Africa*, Londres, 1969; para un análisis, la relación entre los sexos es complementaria de la autoridad doméstica en sociedades matrilineales, vea p. ej. A. Schlegel, *Male Dominance and Female Autonomy*, HRAF Press, 1972; otro estudio comparativo más reciente sobre la condición de las mujeres en sociedades preindustriales es M. K. Whyte, *The Status of Women in Pre-industrial Societies*, Princeton Univ. Press, 1978; el clásico sobre sistemas sociales matrilineales es D. M. Schneider & K. Gough, *Matrilineal Kinship*, Univ. of California Press, 1961, en muchos aspectos superado hoy.

54. M. Sahlins, *The Use and Abuse of Biology*, Univ. of Michigan Press, 1977, p. 22.

55. Véase, por ej. el estudio de B. Malinowski sobre los Trobrianders, una sociedad marcadamente matrilineal, en la que el apareamiento no es múltiple. B. Malinowski, *Argonauts of the Western Pacific*, 1922; véase también B. Malinowski, *Sex and Repression in Savage Society*, 1927.

ellos insistente una suerte de «voz de la sangre» que les exige que transmitan lo que tienen a sus *propios* hijos. Es posible que Bornemann haya sentido alguna vez esta «voz», pero esto tampoco es un fenómeno ni natural ni universal. Entre los famosos Nayar de Malabar en la India, aunque matrilineales y con un sistema de apareamiento múltiple, el concepto de paternidad, no necesariamente biológico, era muy importante socialmente.⁵⁶

A pesar del enfoque economicista, Bornemann resbala hacia una explicación biológica porque es totalmente ciego a la dimensión de la reproducción, su construcción social y sus consecuencias para la relación entre los sexos en diferentes formaciones sociales. Rechaza la reproducción como fenómeno social, en lugar de plantearse el problema de su articulación con la producción. La consecuencia grave de esta ceguera androcéntrica son constataciones tales como que: «Es pura *casualidad* que en el proceso de constitución de la sociedad de clases europea el hombre se haya convertido en el sexo dominante y explotador. Esto tenía que ver con la invención masculina del arado, que era más productivo que la azada inventada por las mujeres. Pero podría haber sido exactamente al revés. La relación entre los sexos es determinada predominantemente por el hecho de que el sexo económicamente más fuerte se arroga *también* el derecho a la dominación sexual.»⁵⁷ Una suerte que esta casualidad no le haya perjudicado a Bornemann, sino a nosotras. Puede ser que a él poco le interese descubrir por qué nosotras, las mujeres, somos las víctimas. Pero para nosotras *la* cuestión es precisamente ésta. Y esta pregunta no puede ser respondida mediante un reduccionismo economicista como el de Bornemann, detrás del cual en último análisis hay la vieja idea de que sólo seremos iguales si logramos ser idénticas a los hombres, tanto en la producción como en la biología. Bornemann no entiende que, como los antropólogos han mostrado, «lo que se reproduce en los sistemas culturales humanos no son seres humanos como seres humanos, sino sistemas de grupos sociales, categorías y las relaciones en que viven»,⁵⁸ y que por esto la reproducción no es un fenómeno natural, sino social. Las relaciones entre los sexos dependerá de la naturaleza del orden social que está siendo

56. K. Gough, «The Nayars and the definition of marriage», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 89, 1959; C. J. Fuller, *The Nayars Today*, Cambridge Univ. Press, 1976.

57. E. Bornemann, *op. cit.*, p. 686.

58. M. Sahlins, *The Use and Abuse of Biology*, *op. cit.*, p. 60; véase para una explicación del biologismo como elemento importante en el pensamiento burgués y sus implicaciones para la condición de las mujeres, V. Stolcke, «El trabajo de las mujeres», *Materiales* núm. 8, 1978; véase también L. Benería, «Reproducción, producción y división sexual del trabajo», *Mientras Tanto*, núm. 6, 1981

reproducido. No es que las diferencias biológicas entre los sexos en sí expliquen las relaciones sociales entre ellos, sino el significado social dado a las especificidades biológicas por un orden social concreto. Es esta confusión entre desigualdad y diversidad que también lleva a Bornemann, a pesar de que rechaza cualquier explicación que se base en especificidades sexuales, a proponer como primordial para nuestra emancipación nuestra aproximación biológica a los hombres: «No es suficiente que los sexos tengan los mismos derechos y las mismas oportunidades para realizarse económicamente, sino que para poder utilizar estas oportunidades es imprescindible una *aproximación biológica* considerable de los sexos.»⁵⁹ ¿Cómo se puede alcanzar tal aproximación? No nos desesperemos. Está ahí la ingeniería genética para liberarnos de nuestro yugo secular: «Desarrollaremos seres humanos con branquias en lugar de pulmones, desarrollaremos seres humanos cuyos organismos no dependan de la gravedad. El paso de aquí a la abolición de la menstruación no es grande y la investigación de una alternativa al útero materno para madurar el feto no debería plantear dificultades especiales.»⁶⁰ Mi crítica a esta propuesta tecnocrática no se debe a una mixtificación de las delicias de la maternidad, aunque tengo dudas sobre una emancipación que requiera abdicar de una de las capacidades que tenemos. El argumento de Bornemann es totalmente incoherente, pues lo que inicialmente era la consecuencia de la desigualdad socioeconómica, el que las mujeres nos hubiéramos convertido en meras «máquinas de parir» —aparte de que esto es falso para las mujeres obreras— ahora se ha transformado en la causa de nuestra subordinación que debe ser eliminada: «La liberación definitiva de la mujer puede darse sólo mediante su liberación de la sexualidad. La sociedad sin clases del futuro sólo puede ser una sociedad sin sexualidad.»⁶¹ Esta «liberación sexual», finalmente, sólo será posible «cuando se recree la sociedad sin clases de la prehistoria en el más alto nivel de la técnica electrónica y nuclear.»⁶² Así, para Bornemann, si la razón tecnológica es la causa de nuestra derrota, también será ella la fuente de nuestra vindicación. Es una perspectiva asustadora, pues Bornemann parece no percatarse de que esta propia opción tecnológica encierra el control y la jerarquía.

59. E. Bornemann, *op. cit.*, p. 524. Hay indicios recientes que, contrario a lo que sostiene Bornemann, el dimorfismo sexual era mayor entre los homínidos tempranos que entre nosotros, es decir, que la evolución ha producido una aproximación y no una mayor diferenciación. D. C. Johanson y M. A. Edey, *Lucy: The Beginnings of Humankind*, 1981.

60. *Op. cit.*, p. 534; cito en extenso porque más tarde Bornemann negó esta postura tecnocrática.

61. *Op. cit.*, p. 534.

62. *Op. cit.*, p. 530.

Conclusión

Muchas veces, el dudar de la existencia lejana del matriarcado o de un orden social donde las mujeres hubieran gozado de prestigio y respeto, es tomado como afirmación de su contrario, la universalidad de la supremacía masculina. Al cuestionar seriamente las especulaciones prehistóricas de Bornemann por androcéntricas, teóricamente contradictorias y empíricamente infundadas, no estoy sosteniendo esta visión. Sugiero, en cambio, que ante la falta de evidencia que nos pueda revelar ese pasado remoto, la cuestión de la relación entre hombres y mujeres en la prehistoria queda abierta. Pero esto no es grave. Ya lo decía Marx, la historia nunca se repite sino como farsa. Especulaciones del tipo que nos ofrece Bornemann como instrumentos para la revolución de poco nos sirven. Además, el superar la subordinación y la explotación nunca ha dependido de que algún iluminado les revelara a los explotados un pasado mejor, sino de la conciencia que éstos tienen de la explotación y sus causas en el presente y de la esperanza en el cambio futuro.